

giste aquí... ella me prometió que tú me lo dirías, debes decírmelo por tanto, ¿has oído?

Noté que Justo sonreía al escucharme, nunca me había sentido humillado por sus sonrisas, mas entónces no pude impedírmelo, y con una indignacion tambien nueva en mí, lo tomé de la mano y le dije: Y tú, ¿por qué te ries de mí? ¿Merece por respuesta una sonrisa de burla la pregunta que te he hecho?

El semblante de Justo tomó entónces una expresion airada: púsose á contemplarme fijamente, y despues añadió con un tono lleno de severidad.

¡Cuidado Genaro! no oses repetir nunca lo que acabas de hacer conmigo; así como he sido hasta hoy tu amigo y protéctor, puedo tornarme en enemigo tuyo, ¿me comprendes? En tu corazon no debe brillar el orgullo, fuente y base de todos los vicios, pues solo los sentimientos nobles son dignos del aprecio y del cariño!...

El orgullo!... ¿En qué podías fundarlo? ¡Ah! ¡tener orgullo! y manifestarte altivo con tú único protector! con el sér único que conoces en el mundo! Entónces ví desprenderse una lágrima de los ojos de Justo, y como no queria dejarme cegar por la ignorancia, sino que comprendia en toda su fuerza las expresiones de mi protector, me sentí humillado,—incliné mi frente,—y per-

manecí un rato silencioso; mas dominando luego la verdadera contradiccion que sentia en mi voluntad por lo que iba á ejecutar, adelanté unos cuantos pasos hácia Justo, y con un tono lleno de compuncion le dije:

¡Perdóname!... es tal la ansiedad que tengo por saber el nombre de esa señora, que ni aun sé lo que hago! ella me ha hablado de mi madre, y ha excitado vivamente mi interés; ¡olví, querido Justo un arranque tan involuntario! y, ten la bondad de decirme el nombre de esa señora.

—El buen anciano conmovido por mis palabras me tomó de la mano, y llegándose á mí, Genaro, me dijo, te perdono lo que has hecho, porque fué un impulso de cariño hácia tu madre el que te hizo mostrarte injusto é ingrato conmigo, pero, ¡que no te vuelva esto á acontecer jamás, hijo mio! porque no todos serán tan indulgentes contigo.

Enternecido por la bondad del buen anciano, imprimí un beso en su mano, y le supliqué de nuevo me revelara el nombre de la enlutada.

Don Justo permaneció pensativo un breve rato, y en seguida me dijo. Bien Genaro, voy á decirte el nombre que tanto deseas saber, pero ten entendido que tú no debes jamás pronunciar-

lo ante los hombres, y ménos referir que has sido visitado por ella.

Sí, ella misma lo ha querido, voy á decírtelo.

¡Oh! si por Dios! decídmelo, decídmelo y no tardeis!

Bien Genero, pero antes júrame guardar inviolable secreto.

Os lo juro ante Dios y ante los hombres, exclamé acercando á mis labios el signo de la cruz.

Pues bien, ese nombre es el de *Matilde*.

¡Matilde! qué nombre tan bello! ¡ah! ¿Matilde se llama? Pero ella.....ella sabe el nombre de mi padre y ¿vos no lo sabeis por ventura?

Lo ignoro, hijo mio.

Y ¿conoceis vos á esta señora, á Matilde?

Sí, mucho muchísimo! soy el mas fiel de sus servidores.

Contadme su historia Justo, exclamé entonces vivamente interesado por Matilde, la debeis saber.

La sé hijo mio y voy á complacerte, escúchame. Sentóse entonces á mi lado, y comenzó en estos términos su relato.

No te podré hablar de los primeros dias de mi señora porque entonces no la conocí; tendria unos veinticinco años cuando fué á pasar en casa de un tio suyo una temporada en uno de los hermo-

sos alrededores de Nápoles: yo servia allí como secretario al administrador de aquella hacienda, y entonces fué cuando tuve el gusto de conocer á la señorita Matilde: pasados los primeros dias me llamó una vez á su lado diciéndome.

Tú, Justo, que has pasado aquí toda tu vida, debes saber cuales son en estos sitios las familias mas necesitadas, quiero que me lleves á verlas, porque deseo emplear cierto dinero en hacer limosnas.

Complací á la señorita Matilde, y poco despues era ella el encanto de aquellos lugares, y el consuelo del pobre menesteroso, por lo cual la amaban todos tiernamente; tambien consolaba al aflijido y al enfermo.

Cuando partió de este sitio me propuso seguir á su servicio, á lo que accedí gustoso. Una vez me dijo: Justo, solo tú puedes servir para un caso, y es preciso que me prestes en él tus servicios yo sé, añadió, que á 8 leguas de Milan se encuentra encerrado en una torre un pobre niño, á cuya madre trato íntimamente, es ella muy desgraciada y debemos aliviar en cuanto nos sea posible su dolor!....

Anda Justo, haste cargo de ese pobre niño huérfano, porque quizás nunca deba conocer á sus padres, ni recibir las caricias de su pobre ma-

drel ameniza su vida! sírvele de padre! encárgate de la educacion de Genaro, mientras yo velaré por la desventurada madre!.....

No me opuse á las órdenes de la señorita Matilde, y desde aquel dia me trasladé á este sitio, en el que hace más de diez años nos encontramos, y del cual jamás me he separado.

Esto es lo que sé de la señorita Matilde, hijo mio, ¡ah! siendo tu protectora, debes comprender que ella te ama mucho, y habiendo velado siempre por tí, muy justo es que tú Genaro, tambien la ames y ruegues á Dios por ella!.....

Yo habia escuchado atentamente las palabras del anciano, cuando calló, exclamé.

¡Oh! sí, no lo dudeis, yo la amo mucho, especialmente porque ella se ha compadecido de mi pobre madre!..... ¡Se ha apiadado tambien del huérfano desvalido y abandonado! en este momento incliné mi frente abatido, y dejé correr libremente mis lágrimas!.....

El pobre de Don Justo, aflijido por mi dolor, procuró calmarlo, y para ello me comenzó á hablar de las bellezas de un mundo para mí desconocido; estas conversaciones algo divagaron la imaginacion del pobre niño!.....

Aquella misma noche debian descorrerse para mí los cerrojos de la prision, que por tantos años

me habia guardado!..... aquella noche caería la venda de ignorancia que cubria mis ojos, y conocería al fin este mundo tan lleno de encantos, todos ignorados por mí, cuya existencia habia sido por tanto tiempo un verdadero misterio!.....

Todos estos pensamientos bullian en mi mente, causándome vivas sensaciones; pero á pesar de la diversidad de los deseos que me agitaban, y del natural contento y alborozo que experimentaba, la imagen de Matilde, el recuerdo de mi madre, no se apartaban un solo instante de mí.

Un dia ántes, salir de mi prision, recorrer el mundo era para mí la suprema felicidad!..... entonces, no era esto bastante para satisfacer las aspiraciones de mi alma!..... ¡habia algo que deseaba con mas fuerza! algo, que solo podria darme la felicidad! ¿era esto? ¡ah! ¡una madre!.....

¡Oh! sí, por ver á mi madre, por estar á su lado, por no separarme nunca de Matilde, habria permanecido con resignacion aun en mi pobre prision! todo lo habria sacrificado: ¡necio de mí!..... ignoraba entonces que hay seres destinados solo á sufrir sobre la tierra!..... que hay placeres celestiales vedados tan solo al hombre desdichado!..... al pobre niño expósito!..... al joven huérfano y abandonado!.....

El llanto nubla mi vista y la pluma tiembla en mi mano... ¡Dios mío! no puedo proseguir...

También nosotras nos vimos obligadas á suspender en ese punto la lectura, el dolor del pobre Genaro nos partía el corazón!... sus desgracias hacían correr nuestras lágrimas que sin quererlo caían sobre aquellas páginas, mudos quejidos del alma que sufría!... vivos testigos del corazón martirizado y oprimido por el infortunio!

En fin, enjugamos nuestro llanto, abrimos la cartera, y seguimos leyendo.

«Así transcurrieron para mí las horas, en espera del instante en que debían abrirse las puertas de mi prisión; una esperanza alentaba mi espíritu, quizás en ese mundo en que iba á penetrar, y que iba á recorrer con avidez, podía yo encontrar á mi madre!... tal vez al gozar de la libertad podría buscarla, y viendo ella mi dolor, no desearía de sí al hijo desventurado, al que había tenido el valor de abandonar!...

Estos dulces pensamientos me ocupaban, y con ellos formaba risueñas ilusiones para el porvenir alentando mi espíritu con la esperanza,

Entonces sin embargo, con mas impaciencia aun esperaba el instante de mi deseada libertad.

Los días habíanse pasado con una rapidez extraordinaria, es cierto que algunos instantes se me habían hecho muy largos, pero más bien las horas habían volado para mí.

Cuando se espera con ansia inmensa alguna cosa, siempre acontece que los días se convierten en siglos; pero desde que se me había dado la noticia de mi libertad, habían sucedido en mí impresiones tan gratas, que las horas en que Don Justo, con sus conversaciones, iluminaba mi inteligencia, se habían pasado con rapidez el resto del día me parecía demasiado corto para considerar lo que había sabido en la mañana; de modo que no había sentido esa eternidad tan dolorosa para el que espera.

El momento deseado, la esperanza por tanto tiempo acariciada, se convirtió al fin en una realidad!.....

Era de noche, la débil luz de un farol prestaba tenue claridad á mi calabozo. Sentado en un ángulo de la pieza, y entregado á una meditación profunda me hallaba, con la cabeza inclinada en mis manos, cuando la puerta de la prisión se abrió, y entrando Don Justo colocó su mano en mi hombro diciéndome: «Vamos Genaro, el momento de tu libertad ha sonado ya!... disponte á partir y sígueme.

A estas palabras mi corazón palpitó con violencia, un estremecimiento extraño conmovió todo mi ser, me parecía que era un sueño el que tal agitación me producía, y que muy léjos me hallaba de la dichosa realidad.....

No acertaba por lo tanto á seguir á D. Justo, sino que permanecía yo en pié como abstraído completamente del todo.

Don Justo me tomó entonces de la mano diciéndome. ¡Genaro! ¡parece que no tuvieras deseos de salir de esta cárcel oscura según estás! Te anuncio que el momento feliz ha llegado, que debes partir, y sin embargo permaneces inmóvil!... ¡por fin Genaro! ¿en qué piensas?

Fijé entonces con sorpresa mi vista en Don Justo, y luego como volviendo en mí exclamé: ¡es cierto!..... vamos mi querido protector! estoy dispuesto á seguirte.

Don Justo comenzó entonces á caminar, y yo en efecto le seguía; después de dar algunos pasos subí con él por la escalera en que diariamente él bajaba, entré en un pasadizo oscuro.... y luego se abrió una puerta, y penetré en un bellissimo cuarto alumbrado por la claridad de un hermoso candill.

Mil espejos, retratos, y paisajes adornaban las

paredes; bellos y elegantes muebles se encontraban colocados con armonía en la pieza.

No puedo describir la fuerza de mi sorpresa, al ir descubriendo una por una todas aquellas cosas tan enteramente nuevas para mí; parábame ante cada uno de los cuadros; contemplaba cada uno de los espejos, y al ver reproducirse en ellos figuras tan parecidas á Don Justo y á mí, crecía mi estupor y embarazo, lo cual fué notado por mi conductor, me dió algunas explicaciones, haciéndome palpar la realidad hasta que me convenciera de los efectos que producía la luz, reproduciendo en el espejo todas las actitudes y movimientos de los que se ponían en frente de él.

Luego me llevó Don Justo á recorrer toda la habitación, que aunque no era muy extensa, á mí sí me lo pareció, y es que solo podía compararla con la única que conocía, y era, esta ¡mi pobre calabozol!.....

¡Ah! como describir el encanto, el contento que llenaba mi corazón en los primeros momentos de mi libertad! nó, no debo ni intentarlo, porque hay cosas realmente imposibles!

Como era de noche, todo lo vi á la claridad de la luz artificial, y al momento consideré que en el día, todo tendría doble atractivo, cuando el